

de todas sus acciones, poco tiempo antes que.... ¿me comprendes?

Dwining hizo una seña de afirmacion y respondió :

—No se ha perdido tiempo. No es difícil destruir una flor lacia por haber florecido demasiado temprano.

### CAPITULO XXXI.

Es un sugeto en verdad  
Sin vergüenza enteramente  
Dado lo mas altamente  
A la gula é impiedad  
De los goces criminales :  
Pocas cosas de la tierra,  
Como sus damas no fuera  
O compañías carnales ,  
Hallan favor á su vista ,  
A no ser los bebedores  
Los bajos aduladores  
Tomados de cualquier lista.

BYRON.

Al dia siguiente por la mañana habia cambiado el humor del príncipe. A la verdad se quejaba por lo que sufría, y de tener calentura ; pero sus padecimientos no solo no le agobiaban , sino que parecian servirle de estimulantes. Trataba con familiaridad á Ramorny,

y aunque nada decia con respecto á lo que habia pasado la tarde anterior, era claro se acordaba de lo que deseaba olvidasen sus compañeros — el mal humor que habia gastado. Estaba muy cortés con todo el mundo, y se chanceó con Ramorny sobre la llegada de Catalina.

— ¡Cómo se verá sorprendida la linda moigata, dijo él, cuando se vea rodeada de hombres, en lugar de hallarse recibida, como lo espera ella, entre las blondas, encages y tocados de las damas de lady Marjory! Yo supongo que no es muy numeroso en este castillo el bello sexo, Ramorny.

—No, sin duda, como no seala cantora, no hay mas que un par de criadas, sin las que no podriamos pasar. — Pero, hablando de la cantora, pregunta cada rato por la señora, con quien Vuestra Alteza le prometió ponerla á servir. ¿La despediré, para que tenga tiempo de ir á buscarla?

— De ningun modo. Servirá para divertir á Catalina. — Pero escúchame; ¿no seria del

caso recibir á esta hermosa reservada con una especie de mascarada?

—¿Qué quereis decir, milor?

— Muy lerdo eres, Ramorny. No la engañaremos en lo que ella espera. Cuenta con hallar aquí á la duquesa de Rothsay; yo mismo seré el duque y la duquesa.

— No os entiendo todavía.

— No hay hombre mas bestia que el de buen ingenio, cuando no comprende inmediatamente la idea. — Mi esposa, como la llaman, ha tenido tanta prisa para retirarse de Falklaúd como yo para venir. Hemos venido aquí tú y yo sin bagage. Hay en la guardaropa que da con mi dormitorio bastantes vestidos de muger para todo un carnaval. — Ves, yo haré el papel de lady Marjory, acostada en esta cama con un velo negro y una guirnalda de hojas de sauce, para indicarme como una esposa abandonada. Tú, John, tendrás el aire serio y bastante soplado para pasar por su dama de honor del condado de Galloway, la condesa Hermigide; y Dwining representará bien á la vieja Hécate, su nodriza, excepto que ella

tiene mas vello en el labio superior que él en toda la cara, aun comprendiendo el craneo. Deberia buscar una barba para parecerse á ella un poco mejor. Sirvete de las cocineras y los pages un poco pasaderos que puedas hallar, para que sean mis doncellas de labor.—¿Me entiendes? — Vamos, pronto, ¡manos á la obra!

Ramorny entró en la antecámara, y manifestó á Dwining el proyecto del príncipe.

— Encárgate tú de satisfacer los caprichos de ese loco, le dijo él; no tengo mucho gusto en verle, sabiendo lo que le ha de suceder.

— Dejadme el cuidado de todo, dijo Dwining encogiendo los hombros. ¿Qué matachin es el que puede degollar á un cordero, y teme el oírle balar?

— ¡Está bien! ¡está bien! no temas que me falte la firmeza.

— No puedo dejar de acordarme que me hubiera él zampado en un claustro, sin mas ceremonia que la que se gasta para echar fuera un pedazo de lanza rota. ¡Vete! — Oye por un instante sin embargo. — Antes de disponer esta especie de mascarada, es necesario inventar

algo para engañar á ese testarudo Charteris. Es muy probable que, si se le hace creer que está todavía aqui la duquesa de Rothsay, y que Catalina Glover está en su compañía, vendrá luego para ofrecerse á sus órdenes, tributarle sus respetos, etc.; y no necesito decirte que su presencia no deja de tener inconvenientes. — Esto es tanto mas verosímil, cuanto que ciertas gentes suponen un motivo bastante tierno en la proteccion, que este caballero cabeza de hierro, concede á la Linda Doncella de Perth.

— Eso me basta. Dejadme á mí el cuidado de tratar con él. Yo le dirigiré una carta concebida en términos que, de aquí á un mes, estará dispuesto para hacer un viage al infierno antes que á Falkland.—¿Podeis decirme como se llama el confesor de la duquesa?

— Waltheof, fraile pardo.

— ¡Basta! — Yo parto de ahí.

En pocos minutos Dwining, que era tan habil como un escribano, preparó una carta que puso en manos de Ramorny.

— Esto es admirable, dijo este, la tal carta

hubiera hecho tu fortuna con Rothsay. — Creo que yo hubiera tenido mucha envidia, para haberte dejado en su casa; si no fuera porque sus dias llegan á su fin.

— Leedla alto, dijo Dwining para que veamos si el estilo es corriente.

Ramorny leyó como sigue:

« De orden de la alta y poderosa princesa Marjory, duquesa de Rothsay, nos Waltheof, indigno religioso de la orden de San Francisco, os hacemos saber, sir Patricio Charteris, caballero de Kinfauns, que Su Alteza extraña mucho hayais tenido la temeridad de enviar ante su presencia una muger, de cuyo caracter no puede juzgar favorablemente, pues que, sin necesidad alguna, ha pasado mas de una semana en vuestro castillo, sin otra compañía de su sexo que la de criadas, conducta mas que sospechosa, cuyo rumor se ha esparcido en los condados de Fife, de Angus, y de Perth. Con todo eso, tomando en consideracion su Alteza la fragilidad humana, no ha mandado azotar con ortigas á esta joven desvergonzada, y ni

aun la impuso alguna penitencia; pero como dos buenos frailes del convento de Lindores, los padres Thickscull y Dundermore han sido llamados á las montañas por una orden especial, Su Alteza confió á sus cuidados esta doncella joven Catalina, encargándoles la lleven donde está su padre, de quien ella dice ahora estar en las cercanías del lago Tay. Allí hallará, bajo su proteccion, una situacion mas conveniente á sus calidades y costumbres que en el castillo de Falkland, mientras le habitare la duquesa de Rothsay. Ha encargado á los dos buenos padres que den á esta joven instrucciones capaces de inspirarla horror al pecado de incontinencia, y la misma señora os recomienda á vos la confesion y la penitencia. »

Firmada WALTHEOF.

« De orden de la alta y poderosa princesa etc. »

— ¡Excelente! ¡excelente! exclamó Ramorny al acabar de leer. — Esta reprimenda inesperada tal vez hará perder el juicio á Charteris. Desde largo tiempo tributa una especie de homenaje á esta noble dama, y se hallará en-

teramente confuso viendo se le sospecha de incontinente, cuando esperaba tener todo el honor por haber practicado una obra de caridad. Como tú dices ya se pasará tiempo antes que piense en venir á buscar á su hermosa doncella, ó para presentar sus servicios á lady Marjory. — Pero trata ya de la mascarada, y yo voy á disponer los preparativos para concluir el baile.

Eran las once de la mañana, cuando Catalina, escoltada por el viejo Henshaw, y por un hombre al servicio del caballero de Kinfauns, llegó delante de la torre de Falkland. La bandera grande desplegada dejaba ver las armas de Rothsay; los criados que los recibieron tenían la librea del príncipe; todo confirmaba la opinion general que la duquesa continuaba residiendo allí. Palpitaba el corazon de Catalina, porque habia oido decir que la duquesa tenia el orgullo y altivez de Douglas, y no sabia qué acogida se le haria. Al entrar en el castillo advirtió que la comitiva de la duquesa era menos numerosa de lo que ella se prometia; pero como Su Alteza vivia en un retiro perfecto, no le pareció tan

extraño. Al entrar en una especie de antecámara halló á una viejecita que le pareció ya corvada por la edad, y que se sostenia en un baston de ébano.

— Bien venida seas, hija mia, dijo ella dando un abrazo á Catalina, bien venida y á una casa de aficcion, como yo puedo asegurarlo, y yo pienso, — volviendo á darla otro abrazo, — que tu serás el consuelo de mi real y preciosa hija la duquesa. Siéntate, hija mia, que voy á ver si milady está en estado de recibirte. ¡Ah! hija mia, eres muy amable, á la verdad; si Nuestra Señora ha concedido á tu alma tantas virtudes como tu cuerpo tiene gracias.

Al decir esto la fingida vieja se dirigió arrastrando los pies y á pasos lentos al aposento vecino, donde halló á Rothsay disfrazado segun habia dicho, y á Ramorny que habia rehusado participar de la mascarada, en su propio traje.

— Tú eres un picaro apreciable, señor doctor, dijo el príncipe, ¡por vida mia! me parece serias tú capaz de desempeñar todos los papeles, aun el de amante.

— Aunque no fuera mas que por evitar á Vuestra Alteza la molestia , dijo Dwining con su ¡ eh! eh! eh! acostumbrado.

— No, no, dijo Rothsay, nunca tendré yo necesidad de que me ayudes. Pero dime, ¿ estoy bien así, puesto en esta cama? ¿ tengo el aire de una dama desfallecida?

— El color está algo mas brillante de lo que debiera, y las facciones mas suaves para parecerse bien á lady Marjory Douglas, aunque parezca atrevimiento hablar así; respondió Dwining.

— Retírate, bribon, y haz entrar á ese bello carambano. No temas que me reprenda por ser muy afeminado. Y tú tambien, Ramorny, déjame.

Al tiempo que salia el caballero por una puerta, la supuesta vieja hizo entrar á Catalina Glover por otra. Habíase cuidado de dejar el cuarto con poca luz, de modo que Catalina creyó ver una muger tendida en una cama, y no llegó á sospechar nada.

— ¿ Es la doncella joven? preguntó Rothsay con una voz naturalmente suave, pero aun

mas por el cuidado con que supo él fingirla, hablando bajo. Acérquese y béenos la mano. La fingida nodriza condujo á la joven que estaba temblando, cerca de la cama, y la hizo señã de que se arrodillase. Catalina obedeció y besó con tanto respeto como sencillez la mano cubierta con un guante, que le alargó la supuesta duquesa.

— No temais nada, dijo la misma voz armoniosa; en mí veis un triste ejemplo de lo vano que son las grandezas humanas. Felices los que por su rango se hallan mas á lo bajo de las tempestades políticas.

Y al decir esto la fingida duquesa echó los brazos al cuello de Catalina, se la acercó, besándola como en señal de que la recibia con cariño. Pero este beso fué tan expresivo y tan ardiente, tan fuera del papel de una protectora, que Catalina pensó haberse vuelto loca la duquesa, y dió un gran grito.

— ¡ Silencio, loca! dijo el príncipe; soy yo: Roberto de Rothsay.

Catalina miró al rededor de sí. La nodriza se habia marchado, el duque, habiéndose quitado

el disfraz , se puso en pie delante de ella en su traje ordinario , y ella se reconoció en poder de un joven audaz y libertino.

— ¡Protéjame ahora el Cielo ! decia para si ; él me protegerá si no me abandono yo misma.

Armada con esta resolucion , reprimió el intento que tuvo de gritar , y procuró disimular , cuanto le fué posible , su temor.

—Acabada ya la chanza , dijo ella con toda la firmeza que pudo afectar , ¿será me permitido pedir á Vuestra Alteza me conceda el retirarme ? porque Rothsay aun la tenia por el brazo.

— No lucheis contra mí , hermosa cautiva mia . ¿Qué teneis que temer ?

— Yo no lucho , milor ; puesto que gustais de retenerme , y quedar expuesto á reпреnderos á vos mismo , cuando llegue el tiempo de la reflexion.

— ¡Cómo , traidora ! me habeis tenido cautivo meses enteros , y no quereis que , cuando á mí me toca , os tenga á mi vez por un instante ?

— Este discurso podria pasar por galanteria , si estuviéramos en las calles de Perth , donde

yo podria oirle ó evitarle , segun me pareciera ; pero aquí es una tiranía.

— ¿ Y si yo os soltara el brazo , donde iriais con los puentes levantados , los rastrillos echados , y las gentes de la comitiva , que no dan oidos á una doncella . Tratad de ser complaciente y sabreis lo que es obligar á un príncipe.

— Dejadme retirar , milor . Yo apelo de vos á vos mismo , del duque de Rothsay al príncipe de Escocia . Soy hija de un humilde pero honrado ciudadano , milor . Casi puedo decir estoy desposada con un hombre tan respetable como valiente . Si yo he dado á Vuestra Alteza motivo para obrar de este modo , ha sido sin pensarlo . Despues de haberos hablado así , os suplico no abuseis de vuestro poder sobre mí , y que me permitais retirarme . Vuestra Alteza nada puede lograr de mí , sino por medios indignos de un caballero y de un hombre.

— Atrevida sois , Catalina ; pero vuestras palabras son un cartel de desafio , que yo no puedo , ni como caballero , ni como hombre , dispensarme de aceptar . Es preciso enseñaros

yo el riesgo que se corre en hacer tales desafíos.

Al decir esto, quiso tomarla en sus brazos, pero ella logró rechazarle, y continuó en el mismo tono firme:

— Yo tengo tanta fuerza para defenderme en una lucha honrada, milor, como podeis vos tener para atacarme con intento vergonzoso. No nos obligueis á que nos avergonzemos experimentándolo. Podeis hacerme morir á golpes; podeis llamar quien os ayude para oprimirme con mas facilidad; pero no vencereis de otro modo mi resistencia.

— ¿En qué clase de brutos me poneis vos, pues, Catalina? Yo no intento emplear otra fuerza, que la que da á la muger una excusa para ceder á su propia debilidad.

Él se sentó algun tanto conmovido.

— En ese caso, milor, guardadla para la que apetezca hallar semejante disculpa. Mi resistencia es del alma la mas determinada y mas inspirada por el amor á la honestidad y el temor de la ignominia. ¡Ah! milor, si triunfais de ella, romperiais todos los vinculos que me unen á la vida, todos los que os encade-

nan al honor. Se me ha traído aquí por traicion, por astucias que no llego á conocer, pero si saliera de aquí deshonorada, seria solo para denunciar ante la Europa al que habia destruido mi dicha. Tomaria el bordon de peregrina, y por do quiera que se honra la caballeria, por do es conocido el nombre de la Escocia, proclamaria al heredero de cien reyes, al hijo del buen Roberto Steward, al sucesor futuro del heroe Bruce, como un hombre pérfido y sin fe, indigno de la corona que le espera, y de las espuelas que lleva. Cualquier dama, en toda Europa, creeria profanar su boca pronunciando vuestro nombre, todos vuestros compañeros de armas os mirarian como un caballero descortés y desleal; si hubieseis quebrantado el primer juramento de la caballeria, que es proteger á la muger y amparar al debil.

Levantóse Rothsay y la miró entre admirado y resentido. — Olvidais con quien hablais, muchacha, dijo él; sabed que la distincion que os concedo excitaria la gratitud de ciertas mugeres de quienes vos por vuestro nacimiento debeis ser criada.



— Vuelvo á decirlo, milor; reservadla para las que saben apreciarla; ó para mejor decir, reservad vuestro tiempo y salud para objetos mas nobles y mas dignos de vos, para la defensa de vuestra patria, para la felicidad de vuestros súbditos. ¡ Ah! milor, ¡ con qué gozo os reconoceria el pueblo todo entero por su gefe! ¡ con cuánta prisa se pondria en torno de vos, si mostrarais el deseo de defenderle contra la opresion del poderoso, contra la violencia del que desprecia las leyes, contra la seduccion del vicioso, y contra la tiranía del hipócrita!

El duque de Rothsay, cuyos virtuosos sentimientos se excitaban con la misma facilidad que se debilitaban, se halló electrizado por el entusiasmo con que acababa ella de hablar.

— Perdonad si os he alarmado, Catalina, le dijo él; teneis el alma muy noble para servir de juguete á un placer pasajero, y me reconozco equivocado en concebir este pensamiento. Aunque vuestro nacimiento fuese digno de la nobleza de vuestra alma y vuestra hermosura, no tengo un corazon que ofreceros;

porque solo por el homenaje del corazon se puede lograr uno como el vuestro. Pero se marchitaron mis esperanzas, Catalina; hanme arrebatado la única muger que yo amaba, por una politica de capricho, y me han forzado á tomar otra como esposa, que siempre aborreceré, aun cuando tuviera ella la bondad y la dulzura que solas pueden hacer á una muger amable para mis ojos. Mi salud se desmoronó desde la juventud misma; ¿ qué es lo que me queda, sino el coger las pocas flores que se me pued en presentar en el corto paso de la vida á la muerte? Mirad mis megillas sonrosadas por la fiebre; tomadme si gustais el pulso intermitente y tened compasion de mí. Perdonadme si aquel, cuyos derechos como principe y como hombre han sido hollados y usurpados, experimenta de tiempo en tiempo cierta indiferencia con respecto á los derechos de los demás, dejándose llevar al egoista deseo del momento.

— ¡ O milor! exclamó Catalina con el entusiasmo propio de su genio, mi querido lor, diré, porque el heredero de Bruce debe ser

querido de todos los hijos de Escocia; ¡no os oiga yo hablar así, os lo suplico! El mas ilustre de vuestros predecesores sufrió el destierro, la persecucion, los males del hambre y los peligros de la guerra, por dar la libertad á su pais; aprended á tomar el mismo imperio sobre vos mismo para daros vuestra propia libertad. Apartaos de los que procuran allanarse el camino de las grandezas fomentando vuestras debilidades. Desconfiad de Ramorny. Vos no le conoceis, estoy muy segura de ello; vos no podeis conocerle. El miserable que ha podido, para conseguir se precipite una doncella á la infamia, valerse de amenazas contra la vida de su anciano padre, es ya capaz de todo lo mas vil y mas traidor.

— ¿Ha hecho Ramorny tal amenaza? preguntó el príncipe.

— La hizo, milor, y no seria tan osado que lo pudiera negar.

— No lo olvidaré yo. Ya perdió mi amistad; mas él ha sufrido mucho por mí, yo debo ver sus servicios recompensados honoríficamente.

— ¡Sus servicios! ¡Ah, milor! Si las cróni-

cas no mienten, servicios como estos causaron la ruina de Troya, y la entrega de la España en poder de los infieles.

— ¡Silencio! muchacha; habla con tiento, dijo el príncipe haciendo un gesto con la mano. Nuestra conferencia está acabada.

— Dos palabras, duque de Rothsay, dijo Catalina con un tono animado, al paso que sus bellas facciones tomaban el aspecto de las de un angel que bajara del cielo para dar un aviso; yo no puedo decir lo que me impele para explicarme con tanto atrevimiento; pero yo siento en mi corazon la verdad como si fuera un fuego que me devora, y la diré sin remedio: — Huid de este castillo sin deteneros ni una hora; el aire que corre en él es para vos mal sano. Despedid á este Ramorny antes de diez minutos: su compañía es peligrosa.

— ¿Qué razon teneis para produciros así?

— Ninguna en particular, milor, respondió Catalina casi atemorizada de su atrevimiento; ninguna tal vez como no sea el temer se halle aquí comprometida vuestra seguridad.

— El heredero de Bruce no debe prestar oi-

dos á temores vagos, dijo el príncipe... ¡Ola! venga uno.

Ramorny entró y saludó al príncipe y aun á Catalina, tal vez considerándola como que iba probablemente á elevarse al rango de sultana favorita, y por consecuencia con derecho á respetuosos miramientos.

— Ramorny, dijo el príncipe, ¿hay en esta casa alguna muger de buena opinion, para que sirva de compañía á esta muchacha hasta que la enviemos donde guste?

— Si no os disgustais de oír la verdad, milor, yo diré ser este un género bastante raro en la casa de Vuestra Alteza: y, para no mentir, la cantora es lo que hay entre nosotros de mas decente.

— Sirvala pues de compañía, si no se halla otra mejor.... A Dios, muchacha; ten paciencia por algunas horas.

Catalina se retiró.

— Qué, milor, dijo Ramorny, ¿os separais tan pronto de la Linda Doncella de Perth! Eso es ciertamente abusar de la victoria.

— Aquí no hay ni victoria ni derrota, respondió el duque secamente. Esta muchacha no

me ama; y yo no la amo lo bastante para quitarla los escrúpulos.

— El casto Malcolm el Virgen ha renacido en uno de sus descendientes, dijo Ramorny.

— A lo menos por gracia, caballero, pedid treguas á vuestro ingenio, y valeos de otra materia para darle curso. Es medio dia, segun creo; me obligareis dando orden que nos sirvan la comida.

Ramorny se retiró; pero Rothsay creyó haber notado en él una sonrisa. El estar expuesto á los sarcasmos de este hombre le costaba una repugnancia extraordinaria. Con todo eso le admitió á su mesa y concedió igual honor á Dwining. La conversacion no solo fué alegre sino que rayó en licencia, el príncipe mismo le daba este tono como si tratara de hacer olvidar la severidad de costumbres que habia manifestado por la mañana, y que Ramorny, como versado en las antiguas crónicas, tuvo el atrevimiento de comparar con la continencia de Escipion.

A pesar de la salud todavía delicada del duque de Rothsay, se dilató la comida sin nece-

sidad, y se olvidaron todas las leyes de la templanza. Fuese solo la fuerza del vino que habia bebido el príncipe, fuese á causa de lo debil de su constitucion, ó fuese que Dwining, lo que es mas probable, hubiese adulterado el último vaso de vino que bebió, el príncipe hácia el fin de la comida, cayó en una especie de letargo, del que no fué posible despertarle. Sir John Ramorny y Dwining le llevaron á su cuarto sin mas asistencia que la de una persona que se nombrará dentro de poco.

A la mañana siguiente se anunció estar el príncipe atacado de una enfermedad contagiosa, y para impedir se propagase por toda la casa, á nadie se admitió en su asistencia sino á su escudero mayor, su médico Dwining, y al individuo de quien va hecha mencion; uno de ellos parecia estar siempre en el cuarto, en tanto que los otros, por sus relaciones exteriores con el resto de la casa, observaban las precauciones que debian tomarse, para confirmar la opinion de hallarse peligrosamente atacado de una enfermedad contagiosa.

## CAPITULO XXXII.

En las noches fastidiosas  
Y pesadas del invierno,  
Sentado con viejos buenos,  
Si al fuego, cuentos y cosas  
Te contaren de los tiempos  
De calamidad y pena,  
Pasados una centena  
De años ó siglos luengos;  
Y antes de que les dieres  
Las buenas noches; pensando  
Aliviarles su cuidado  
Cuéntales como pudieres  
De la mi caída el caso  
Lamentable y desgraciado.

SHAKSPEARE. *Richard II.*

El destino del imprudente heredero del trono de Escocia era muy distinto de lo que se suponía por lo general en lo interior del castillo de Falkland. Su ambicioso tío tenia resuelta su muerte, como medio el mas eficaz para destruir la primera y mas fuerte barrera entre su